

Homenaje del Cronista de Onda al primer Cronista de Sagunto Dr. ANTONIO CHABRET

Se lamentaba el insigne poeta y gran valenciano don Teodoro Llorente diciendo que imposible parecía que Sagunto, la ciudad histórica por excelencia, la que iluminó un día la Iberia con los resplandores de su glorioso incendio, no tuviera escrita su interesante historia. Y lo decía, precisamente, en el prólogo de la gran monografía histórica de don Antonio Chabret sobre esa misma ciudad, clave de nuestra historia, que le vió nacer, con lo cual las lamentaciones del poeta se convertían en grito de triunfo y de alabanza. Y es que, como advertía Marañón en su ensayo sobre Menéndez Pelayo, los genios nacen siempre en un ambiente propicio.

Con los pueblos ocurre lo mismo que con los individuos. Recientemente escribía yo, que un pueblo es capaz de las mayores empresas cuando se encuentra en la situación que en lenguaje deportivo se llama «estar en forma», conjuntado, bien dirigido, sereno, atento a las incidencias que puedan surgir en cada caso, dándose juego unos a otros y echándole valor y alegría a la tarea.

Si en un momento dado flaquea y deja de estar en forma y no hace el juego que cada situación requiere, se hunde sin remedio y es difícil recuperar el tono vital y la eficiencia.

El gran misterio consiste en saber por qué y cómo ocurren estas cosas. De repente y sin saber por qué, en un pueblo en crisis aparece un hombre o un grupo de hombres afanosos de saber y de trabajar, llenos de espiritual inquietud, una generación que cambia el rumbo de la historia. Y no podemos aclarar si ha sido un hombre genial el impulsor o el producto de un ambiente propicio. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que Chabret es uno de esos epónimos que señalan una época. Forma parte de una generación, la famosa del 98, fenómeno interesantísimo de nuestra patria;

pero al mismo tiempo es un hombre singular.

La primera manifestación de la personalidad de Chabret es, a mi juicio, la inquietud propia de las mentes ávidas y dinámicas. Su formación humanística y filosófica da rápidamente madurez y sólida base a sus futuras actividades. Después cambia de rumbo y se siente atraído por la Medicina. Desde Huarte de San Juan hasta nuestros días es ingente la masa de médicos españoles cultos, humanistas, cultivadores del arte, psicólogos, a quienes el contacto con la materia y el dolor, lejos de materializar, espiritualiza. Chabret es uno de ellos. Los médicos de genio lírico se hacen pintores o músicos o literatos. Chabret era un genio épico. Las piedras milenarias de Sagunto vibraban dentro de su alma como las cuerdas de la lira de Homero. Y surgió el historiador. Dicen los biógrafos de Chabret que fue un *aficionado* a los estudios históricos. Después de las burlas frívolas de Larra sobre los aficionados, parece que esta palabra contiene un sentido peyorativo. De nuevo recurrimos a la penetración de otro ilustre médico ya citado, de Marañón, y decimos con él que lo esencial para cumplir con rigurosa eficacia nuestra misión social no es la aptitud sino la *afición*, palabra ésta que los españoles debemos ajustar a su sentido estricto de *amor a la cosa elegida* y de *ahinco y eficacia* en ese amor. Amor a la cosa elegida, esa fue la afición de Chabret a la historia del Sagunto que le vió nacer. Ahinco y eficacia en ese amor fue su característica. Porque fué un amor racional y objetivo. Como historiador, buscó la verdad con una crítica implacable. Hasta Chabret hubo pocos historiadores en Valencia. Había cronistas y recopiladores. Desde el cronista Montaner, hay una cadena inacabable en nuestro Reino, de relatores de acontecimien-

tos, cronologías y dietarios, que cuentan lo que ven de una manera más o menos arbitraria. Cuando alguien, como Beuter, pretende hacer historia, escribe fábulas sin pararse en barras: Carecen casi todos ellos de juicio crítico y de sentido histórico, de una visión orgánica y de conjunto. El amor de Chabret fué la historia, la verdad histórica, que buscó afanosamente, con el amor del hijo a la madre patria, gloriosa y deslumbrante, de cuyos heroicos ascendientes se sentía continuador y solidario.

Es imposible hacer una Historia General de España seria, mientras no se tenga el material básico de las Historias locales lo más minuciosas y completas posible, abarcando desde las raíces, porque ningún momento de la vida de un pueblo puede explicarse satisfactoriamente desligado de la sucesión de antecedentes; la vida no procede nunca por saltos. Chabret fué uno de los precursores en esta labor de las monografías históricas locales de nuestra Región, con el Arcipreste Sagura, historiador de Morrell; Ibarra, de Elche, y don Roque Chabás, de Denia.

Como dijo Llorente, la Historia de Chabret fue un estudio paciente, minucioso, infatigable, del verdadero erudito, con el entusiasmo ardiente del buen patriota.

Asombra pensar la rapidez con que se elaboró una obra tan extensa, de tan difícil investigación y tan completa, que abarca desde los orígenes de Sagunto hasta la Restauración; porque Chabret se estableció en su pueblo en 1872 y en 1885 ya estaba terminada y laureada por el benemérito Instituto Lo Rat Penat.

Además del amor de Chabret a la historia de Sagunto, brillaron en él las otras condiciones del aficionado: el ahinco y la eficacia. Si yo dispusiera de espacio en este Boletín, que no dispongo, escribiría un largo estudio sobre la eficacia de Chabret, que es mucho mayor de lo que él mismo podría suponer y proponerse.

Aún, actualmente, están en período

de elaboración, cada vez más cristalizadas, teorías históricas que él sugería ya en sus libros, por el ejemplo, el problema del idioma ibérico. Consúltese el trabajo de don Pío Beltrán «Los textos ibéricos de Liria» (Revista Valenciana de Filología, 1953) y se verá que todavía después de muerto, a través e su colección de monedas está vigente la eficacia de Chabret con sus valiosísimas aportaciones sobre este apasionante tema y sobre otros no menos apasionantes.

Decía Chabret que los aborígenes hispanos de Sagunto tenían un idioma para expresar sus pensamientos, muy parecido al que suena en los nombres de varias ciudades hispano-ibéricas. La tesis de una lengua común de la Iberia del chaffán mediterráneo hasta el valle del Ródano en longitud, entroncado con el actual vasco (posiblemente última reminiscencia de una de las múltiples variantes de aquel idioma básico común) que Chabret insinuaba, está actualmente a punto de ser demostrada, gracias a los esfuerzos de Gómez Moreno, Pío Beltrán, Domingo Fletcher y ese meritisimo grupo de colaboradores del Servicio de Investigación de Prehistoria de Valencia.

Queda mucho que investigar. Tal vez nos encontremos con más sorpresas. Tal vez, contra lo que opinaba Chabret, la raíz sag o seg, tan repetida a lo largo de la toponimia nacional ibérica, actual y desaparecida, Seg-orb, Seg-isa, Seg-ó, quiere decir, no sólo ciudad, sino ciudad en lo alto de un monte. Tal vez Alcón, el héroe saguntino que intentó negociaciones con Aníbal, no era nombre propio, sino el título de un magistrado de la ciudad, porque la raíz «arc» o «alc» en las lenguas arias influenciadas por el sánscrito, da idea de predominio o superioridad, como ocurre en arcote, arcángel, arcipreste, arquetipo, etc.; de donde a lo mejor nos encontramos con que alcalde (y alcón tal vez equivale al de Sagunto) no sea palabra árabe. Siempre he creído que la influencia árabe en nuestros pueblos es más aparente que real.

¡De cuántas cosas podríamos hablar con el gran historiador saguntino Cha-

Chabret si viviera. Su casa era un verdadero museo de lápidas, ánforas, monedas y enseres de la antigüedad, todos encontrados en Sagunto. Él mismo insistió mucho sobre la necesidad de formar un museo local. Me parece por ello de una gran justicia que, al fundarse el Centro Arqueológico Saguntino, se dedique un número de su Boletín a la memoria del hombre que nació sin otra misión que cantar la epopeya de Sagunto, como Cervantes nació para poetizar la de Numancia. Pero Numancia desapareció con su epopeya. Sagunto vive palpitante y abierto al hombre de hoy con sus carnes desgarradas, hablando a quien sepa oírlo, ofreciendo la eterna lección de su energía y de su carácter a quien sepa sentirlo y admirarlo. No lo

está para bárbaros del Norte o del Sur que supusieron un hiatus en nuestra historia y no veían en Sagunto más que muros viejos y sin sentido para su barbarie. Para los hombres cultos y patriotas, para quienes la historia de un pueblo no puede tener soluciones de continuidad, Sagunto está en pie y junto a él, el espíritu de Chabret nos señala la eterna lección de sus restos venerables, de los por él descubiertos y estudiados y de los que todavía esperan la mano enamorada del arqueólogo que les diga como el Señor a Lázaro: ¡levántate y anda!

BALTASAR RULL

*Director de Número del Centro
de Cultura de Valencia*

A D. Antonio Chabret

Como saguntino, quiero también aportar mi modesta intervención en el homenaje que este Centro Arqueológico dedica por medio de su boletín ARSE en el cincuenta aniversario de su muerte, al Ilmo. Sr. D. Antonio Chabret y Fraga.

Sólo puedo hablar de él como un ciudadano más que medianamente conocí su obra, pues el mero hecho de vivir en Sagunto ya obliga a conocer que el señor Chabret fue cronista de nuestra ciudad, así lo dice el nombre de la mejor plaza que Sagunto tiene.

Si la curiosidad aviva en algún espíritu intranquilo, nacerá la pregunta de quien fué este cronista. Todos contestarán que eso era sencillamente, y que, además, fué médico. Ampliarán muchos que escribió una obra, monumental por cierto, que estudia en todos sus aspectos a Sagunto. Ya menos dirán que fué poeta y músico y unos pocos que no sólo tocaba el piano, sino el violoncelo

y la guitarra, su instrumento predilecto, y llegó a más, compuso una «Misa de requiem» y una «Marcha fúnebre», que se interpretaron el memorable día de su entierro y honras fúnebres. Hasta estrenó una zarzuela; la tituló «El fantasma». Trabajos inéditos se cuentan a montones y soberbio es el museo que hoy su casa alberga.

Yo pienso que un hombre así, dotado de una sensibilidad capaz de abarcar las múltiples facetas literario-artísticas que dió buena muestra de conocer en sus cuantiosas obras, a las que hay que sumarle su obligación diaria como médico, sólo podía retenerle para no levantar el vuelo a más altas alturas de inmortalidad y fama, un acendrado y desmedido amor a su ciudad, a su familia y a sus amigos.

Está claro que prefirió fuera más bien reconocida su ciudad que su nombre. Bien se sabe que no le faltaron amistades que a su personalidad e inteligencia recurrieran para elevarse. Pero

él todo lo dió por su Sagunto, así lo hizo y su obra quedó luego loada, impeccedera e inmortalizada como divino premio de su amor a Sagunto y a su historia.

No tuvo errores en su obra; el mero hecho de producirla fue un acierto pleno; si esas investigaciones él no las hubiera hecho, hoy, de iniciarse alguien en su estudio, empezaría basándose en los mismos principios y a otros quedaría encargado el investigarlos para ratificarlos o discutirlos como hoy hacemos en todas las actividades humanas. La prioridad es, pues, suya.

Quede, pues, bien sentado que su labor como tal cronista fué monumental y consiguió con ello que naciera una inquietud en Sagunto de revalorización de sus bellas y gloriosas páginas históricas enmohecidas por el marcado desinterés de casi todos.

Marcó una pauta, que desgraciadamente no fué continuada, y no lo fué, porque emular a un maestro de tan gran altura se hacía algo difícil. Hoy ya,

quizá por el largo tiempo transcurrido, más tranquilos, o por haber germinado la semilla que tan hondamente supo incubar de reconocimiento a Sagunto, son varias las Entidades que pretenden recordar y revalorizar a nuestra inmortal ciudad. Y hoy y siempre será lección viva su inmortal obra, por ser inevitable su consulta al que pretenda bucear en la historia de Sagunto. Todos debíamos conocerla y estudiarla con carácter obligatorio.

Quede, pues, como homenaje, el reconocimiento de un simple ciudadano, que será a todas luces, como tal, el sentir de un pueblo con relación a una gloria que así lo es y fué por sus sobrados merecimientos.

Bien podemos decir que: *Sagunto encontró a Chabret y Chabret descubrió a Sagunto.*

FAUSTO LLOPIS CARUANA

Secretario del Centro Arqueológico Saguntino

NOTA DE LA REDACCION

El retraso en la aparición de este número de nuestro Boletín, que somos los primeros en lamentar, ha sido debido a las terribles inundaciones sufridas por esta zona de nuestra provincia que han llevado la desolación y el luto a tantos corazones y, a los que el mundo entero ha aportado su ayuda a fin de mitigar tanto dolor.

